

## Un año sin Sergiu Celibidache.

CUANDO SE ACERCA LA fecha del primer aniversario de la muerte de mi querido Profesor, el Maestro Celibidache, vienen a mi memoria las horas vividas desde el momento en que me enteré de su fallecimiento, hasta mi regreso a Madrid después de haber asistido a su entierro.

Supe la noticia a través de Radio Nacional de España. A los pocos minutos me llamaron de la misma emisora y de varios periódicos y recuerdo que, en algunos momentos, se me hacía difícil hablar porque tenía un nudo en la garganta y una sensación muy amarga y triste. Había fallecido un hombre fuera de serie desde varios puntos de vista. Nos había dejado un músico sin par, un hombre con una humanidad y unos conocimientos sobre MÚSICA (así con mayúscula) y una técnica sobre la Dirección, que los que no han estudiado y convivido con él, difícilmente podrán hacerse una idea de lo que era aquel hombre.

En cuanto me enteré del triste suceso, reservé una plaza para el primer avión a París y llamé por teléfono a su casa de verano en "el molino", como él llamaba a su casa en el pueblo de La Neville sur Esson. En efecto; la noticia era cierta. Sólo

pude hablar con una sirvienta. Llamé también enseguida a Rony Rogoff, violinista y amigo íntimo del Maestro y mío. No estaba en Nueva York. Su hermano, Ilan Rogoff, pianista que tiene su residencia en Palma de Mallorca, me dijo que estaba en Italia y me dio los teléfonos donde podría encontrarle. Me costó dar con él, pero lo logré. Me dijo que salía también enseguida hacia París y que allí nos veríamos. Llegué a París con retraso y me quedé a dormir en un hotel del aeropuerto de Orly. Desde allí contacté con Sergio, hijo del Maestro, y me aconsejó que fuera al Hospital Central de Nemour por la mañana temprano. Allí estaba el Maestro, en el depósito de cadáveres,



García Asensio y Celibidache.



ya que había fallecido en aquel hospital y el entierro sería a las 10 de la mañana del día siguiente.

A las 8 de la mañana paraba el taxi, que me había trasladado desde el hotel de Orly, a la puerta del Hospital de Nemour. No había casi nadie. Una señorita me atendió. Le dije que había venido desde Madrid para asistir al entierro. Me invitó a sentarme en una sala y a los 20 minutos vino un señor pidiéndome que le acompañara. Bajamos a un sótano en el ascensor y me indicó que saliera por una puerta que daba a un jardín y que luego esperase en la primera puerta de la derecha, donde él me encontraría. En efecto así sucedió, pero imaginen mi sorpresa cuando me hace pasar a una habitación con un crucifijo, un reclinatorio y... allí, en una camilla, vestido de frack y con una cara muy serena, estaba el cuerpo sin vida del Maestro Sergiu Celibidache. El señor que me atendió y que llevaba una bata blanca, lo que me hace suponer que era un ATS o ayudante me dijo: "Cuando termine avíseme, estaré esperando en la sala de al lado". Yo, francamente, no esperaba lo que estaba sucediendo, ya que lo único que dije fue que había venido de España, ex profeso, para asistir al entierro. ¿Pueden ustedes imaginarse la escena? Celibidache y yo, solos, en una sala mortuoria del Hospital General de Nemour pero, él de cuerpo presente y yo... allí, frente a él. Mis dotes literarias no son lo suficientemente buenas para poder transcribir en estos renglones, las sensaciones que tuve y los recuerdos que desfilaron por mi mente en aquellos momentos. Todo lo que escribo en estas líneas, más bien me está saliendo de lo más profundo del alma. En la media hora que pasé en aquella habitación, recordé todos los maravillosos, buenos, regulares y malos momentos de mi vida que pasé junto al Maestro. Recé mucho por él. Era un hombre difícil, complicado, genial, imprevisible, único, bondadoso... en fin, no sé. Lo único que sé, es que el día que tuve la suerte de conocer a Celibidache, mi vida cambió. Aquel día del año 1958 fue como si me hubiera tocado la lotería. Fue un día en el que mi padre me dijo: "Debes ir al concierto de la Orquesta Nacional de España en el Palacio de la Música porque el director que dirige hoy, es algo extraordinario". Aquel día me lo presentó mi padre y dos años más tarde, en junio de 1960, empecé a estudiar con él en la Academia

Chigiana de Siena (Italia). En Siena enseñó durante 4 años y yo no falté nunca. En 1962, cuando ya había hecho dos cursos con él, me presentó como su mejor alumno, al Premio de la RAI (Radio TV Italiana), para jóvenes directores de orquesta. Este premio, que gané, no se podía presentar el que quería. Sólo se podía ser presentado por los profesores de los distintos cursos que se hacían en Europa. Uno por cada profesor. Fuimos siete participantes y el concurso consistía en grabar una hora de música con la Orquesta Sinfónica de la RAI de Milán y la obra obligada fue "Manfred" de Schumann. En 1963 me concedió también el Premio que el Rotary Club de Siena otorgaba al mejor alumno del Curso.

De todas las personas que se trasladaron a La Neuville sur Esson para asistir a las honras fúnebres del Maestro Celibidache, los únicos que tuvimos la última oportunidad de verle, aparte de los miembros de su familia, fuimos Rony Rogoff y yo. Los demás no tuvieron la oportunidad de ir al Hospital General de Nemour por desconocer en donde estaba.

Descanse en paz el Maestro Sergiu Celibidache. Para mí ha sido como un segundo padre. ¡Gracias Maestro! Somos muchos los que le echamos de menos y notamos su falta. ¡Gracias!

Enrique García Asensio